

EN MEMORIA DE GRACIELA, MI HIJA

Estamos hoy recordando a Graciela, mi hija, en su Colegio.

Quiero señalar, antes que nada, que Graciela se sentía muy querida por su familia, querida y admirada. Admirada por sus valores, su decisión y su consecuencia. También por su belleza y por el modo en que la trataban todos, con cariño.

Recuerdo muy seguido la última vez que estuvimos juntas en una celebración. Salimos al balcón de mi casa, era la víspera del año nuevo. Se acercaba la hora y nos dimos un abrazo. Ella me apretó muy fuerte y puso su cara sobre mi cuello. Siento aún la humedad, las lágrimas de Graciela en mi cuello. Lloró. No dijo nada, sólo lloró... Esta fue una de las muchas despedidas de mi hija ...

Hace unos años escribí un librito que circuló bastante, "Círculo de amor sobre la muerte" * se llama, donde volqué muchos de mis recuerdos y reflexiones. Sin embargo, ha sido en estos tres últimos años y con la preparación del libro que hoy presentamos que ha terminado de decantar y se ha enriquecido nuestra memoria, con la ayuda de todos. Graciela se nos presenta entonces ahora más completa y, si cabe, más entrañablemente humana.

Ha aumentado en estos años la poderosa admiración que siento por todos ellos, por Graciela y sus compañeros. Recordar o hacer algo por los desaparecidos es para mí como una religión; tomar partido y poner toda el alma, el corazón, la fe.

Quiero recordar también hoy a mis compañeras, a todas las madres que han sufrido la pérdida de sus hijos... Hemos vivido, las Madres, una vida muy intensa durante estos años; una sola idea nos ha guiado, un impulso que ha resistido al tiempo y que ha impregnado toda nuestra existencia, aún la cotidiana, la de todos los días; esa idea se traduce en una pregunta sin respuesta: "¿dónde está?", "¿dónde está, qué han hecho con ella?" ... Me daría mucha pena que todas estas experiencias, todo lo que nos pasó se perdiese en el olvido... la falta de justicia es tan horrible que impide vivir... cómo es posible acostarse por la noche pensando en ella y levantarse a la mañana del mismo modo, pensando en ella. La desesperación, la bronca, la locura por incompreensión que sufrimos todas. La abuela paterna de Graciela tenía una foto de ella frente a su cama; la imagen de esa nieta tan especial era la última que veía al dormirse cada noche y la primera que veía al despertar, durante el resto de su vida; aquel edificio de la calle Uruburu, donde vivía la mamá de Santiago, había sido escenario de dos tragedias: en la planta baja el secuestro y desaparición de un joven matrimonio y en el tercero el de Graciela.

Las Madres, todas, estuvimos de algún modo muy locas. Maltratamos a mucha gente, queríamos que nos ayudaran de inmediato. Ahora comprendemos que eso no fue posible, que en un país de terror no se podía responder al primer impulso. La gente se volvió –de un modo casi inevitable- escondedora, muy calculadora, extremadamente cuidadosa de lo que decía.

Vivimos una vida tan dura que no se puede llamar normal; la búsqueda de nuestros hijos queridos impregnó, impregna todo, hasta las expresiones artísticas con que las madres exigimos saber... es horrible que hayan asesinado a nuestros hijos y más horrible aún que nos dejen languidecer en la ignorancia, cuando saben que ya no disponemos de fuerza y sin embargo, vamos a gastar toda la que nos queda en procura de saber qué han hecho con nuestros hijos. Durante las primeras vueltas a la Plaza de Mayo las Madres redactamos nuestras cartas y petitorios sentadas en sus asientos de piedra. Esos fueron nuestros primeros testimonios. Cuando la policía nos ordenaba "circulen", "circulen" ... las Madres empezamos a circular con determinación. Tomamos la decisión de no parar, nunca. De esto se habla poco, aunque las rondas marcaron nuestras vidas. No parar nunca, no; caminar, caminar, caminar. En un principio sentía miedo. Yo era miedosa pero, a la vez, me gustaba estar allí. Me sentía bien, agarrada del brazo y conversando con las otras madres. Otra actitud central de las Madres es la de su gran apertura: nunca se preguntó "¿quién sos vos?", "¿cómo te llamás...?" a los que se sumaban. Sólo se les decía: "y vos ¿a quién tenés desaparecido?".

Esa actitud amplia y la de marchar, marchar, marchar, creo que nos marcaron mucho y también a la historia de la Argentina de los últimos 30 años. Es esa marcha la que nos trae aquí, a Santiago y a mí, a este homenaje a nuestra hija Graciela, a 60 años de su nacimiento y 31 de su desaparición forzada.

Es esa marcha la que nos puede dar también, creo, un país mejor.

Somos las Madres la mejor muestra de que, de una lucha intensa motorizada por el amor entrañable, puede surgir una resistencia perseverante en el reclamo... No es cierto, no es verdad que hayan desaparecido; nuestros hijos desafían la muerte y el olvido...

Matilde Mellibovsky

6 de diciembre de 2007

* Publicado por la Editorial Colihue.